

## La autoridad de la Palabra que nos hace libres

Estamos comenzando a caminar siguiendo a Jesús de Nazaret. Estamos al inicio de su ministerio público, pero antes de ese ministerio hemos celebrado un acontecimiento que iba a marcar su vida: Su inmersión en las aguas del Jordán como uno de tantos de los que se presentaban a Juan Bautista para recibir el bautismo de conversión. Hay un segundo episodio en su vida que, así como el Bautismo lo marca para siempre por dentro, ese segundo episodio le abre las puertas para enfrentarse con la vida desde una gran libertad interior: Su retiro en el desierto en el que tiene enfrentarse a sus propios demonios, vencerlos y elevarse por encima de la seducción del mal. Esto le dará una vida interior llena de gracia y de verdad, y una autoridad a sus palabras y a su vida que creaban admiración en las gentes.

Dice J. M<sup>a</sup> Castillo en su libro *La humanización de Dios* que: <<Lo mismo los discípulos que las gentes, cuando veían, sentían y palpaban los hechos extraordinarios de Jesús, veían las experiencias propias y características de lo divino, si se prefiere, la experiencia de lo que trasciende lo humano. Por eso la pregunta que les salía espontáneamente era: ¿Quién es este?>>

La enseñanza de Jesús no se agotaba en palabrerías sobre Dios, sobre cuestiones morales, sobre pureza ritual, leyes y observancias. Los letrados y escribas enseñaban en nombre de la institución, para ellos lo importante no eran las personas, lo importante era la tradición y la pureza de la Ley. Su autoridad proviene de ser los intérpretes oficiales de la Ley. Desde esta perspectiva, tanto ayer como hoy es imposible llegar al corazón de las gentes. Muchos discursos teológicos y morales aburren a las gentes, no los escuchan, son como vidas paralelas. La autoridad de Jesús es diferente, se alimenta en otra fuente distinta de las instituciones y de la tradición de los Padres: <<Habéis oído que se le dijo a los antepasados... Pues yo os digo>>. Su Autoridad viene de una experiencia interior muy profunda de quién era Dios en su vida y en la vida de las gentes. Hay otras aguas en donde beber, son las aguas del Espíritu, ese manantial de vida nueva y abundante, aguas sanadoras que devuelven vida y salud a los enfermos, unidad a las vidas rotas, esperanza y consuelo a los tristes, descanso a los corazones afligidos, paz a los intranquilos y turbados, vida a los muertos. Su palabra es una invitación a todos los que están cansados de unas instituciones que no alumbran en la oscuridad de sus vidas, que no les ayudan a llevar el duro peso de la existencia, que se sienten completamente caídos en las encrucijadas de los caminos: <<Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso>> (Mt 11, 28).

La Palabra de Dios es viva y eficaz, nos dice la Carta a los Hebreos, porque es una palabra que penetra en el interior y descubre los secretos del corazón humano, nos sobresalta como como al endemoniado de la sinagoga que se sentía a gusto escuchando a los escribas, pero se sobresalta cuando la palabra de Jesús entra dentro de él y lo altera por completo. Pude ser que ese sea el problema: querer vivir bajo una tutela tranquila de una institución que nos adormece, antes que enfrentarnos a una Palabra que nos revela los secretos del corazón y nos llama a vivir en libertad, y ya sabemos lo que cuesta ser hombres y mujeres libres.

El Espíritu es el que da vida, les dice Jesús a las gentes en la sinagoga de Cafarnaúm.

Es el Espíritu que descendió sobre Él en el Jordán, el que lo llevó al desierto a enfrentarse con sus demonios. Por eso su palabra es palabra de vida, palabra que tiene autoridad y que sorprende a las gentes. No enseña como los escribas de palabras autoritarias y vacías, La palabra de Jesús hace renacer la vida de la gente, es la palabra del Buen Pastor: <<Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia>> (Jn 10, 10). Es por eso que, a través de las sanaciones, lo que Jesús quería, era llevar a las gentes hacia una sanación integral de las personas, que sientan en sus vidas la presencia de un Dios cercano y amigo, Padre que quiere que vivan una vida sana y libre. Jesús abre nuevas puertas en la convivencia humana basadas en la libertad y el respeto. Su ofrecimiento del perdón a las gentes hundidas en la culpabilidad y en la ruptura interior. Su ternura hacia los maltratados por la vida y por la sociedad; sus esfuerzos por liberar a todos del miedo y de la inseguridad, para vivir desde la más absoluta confianza en Dios.

No deja de ser paradigmático que Marcos sitúe al inicio del ministerio de Jesús dos curaciones en sábado: la del endemoniado (Mc 1,1-6) y la del hombre con la mano paralizada (Mc 3, 1-4). La sinagoga era la continuación de una institución que enfermaba a las personas por dentro (el endemoniado que no era dueño de sí); y las incapacitaba para vivir con soltura y libertad (el hombre de la mano paralizada). Contra eso, Jesús es el que da la liberación de toda enfermedad y esclavitud.

Tenemos que aprender a enseñar como hacía Jesús. Para llegar a las gentes lo primero es saber escuchar, dejar que la gente se exprese, que diga lo que siente con entera libertad. La Iglesia para decir una palabra con autoridad tiene que abrir el oído de su corazón, porque toda palabra para que llegue al corazón de las gentes tiene que ser dicha después de una escucha atenta del sufrimiento que hay en el mundo, no antes. Las gentes no quieren discursos, sino compañía, acercamiento a sus problemas, ni tan siquiera piden milagros, sino ser escuchados. La Iglesia tiene que sentir como Jesús. Él no era un profesional en el estudio y en la interpretación de las Escrituras como los escribas, los teólogos y moralistas. Su palabra tenía una fuerza que nacía de la lectura de la vida a la luz de su experiencia y conocimiento de Dios. Por eso su palabra era directa, auténtica y tenía una fuerza y autoridad que el pueblo sabía captar enseguida. Finalizo con unas palabras de J.A. Pagola: <<No somos escribas, sino discípulos de Jesús. Tenemos que comunicar su mensaje, no nuestras tradiciones humanas. Tenemos que enseñar curando la vida, no adoctrinando las mentes. Tenemos que contagiar su Espíritu, no nuestras teologías>>.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>